

La reflexión

Gambetti deja una Basílica de San Pedro ecológica que ha perdido lo sagrado

ECCLESIA

06_10_2026



**Andrea
Zambrano**



(Artículo traducido con DeepL y sin revisar) — La sustitución del cardenal Mauro Gambetti al frente de la Basílica de San Pedro como arcipreste solo tendrá sentido si su sucesor no continúa por el camino recorrido durante su quinquenio. Cinco años han

bastado para alterar esos equilibrios, que hoy muestran todo su fracaso en la percepción que se tiene de la Iglesia del Papa. Apenas cinco años, sobre todo si todo se remonta a la reforma de los estatutos del Capítulo de San Pedro, que ha contribuido a desnaturalizar esta preciosa institución, indispensable para garantizar el decoro y la dignidad de la basílica más importante de la Iglesia.

Por este motivo, si el nombre que el papa León XIV tiene en mente (ayer mismo, Nico Spuntoni publicó un análisis razonado en *La Bussola*) no marca un punto de inflexión en la gestión del capítulo, el «descenso» del ingeniero franciscano al cargo de obispo de Chieti estará abocado a ser una oportunidad perdida.

Porque bajo la gestión de Gambetti se ha producido una aceleración de los cambios radicales que perciben quienes frecuentan a diario la columnata de Bernini y que repercuten incluso en la propia percepción que los fieles tienen de la propia basílica.

La cuestión, como se ha dicho, es la revisión de los estatutos capitulares, que han reducido el número de canónigos a unas pocas decenas, humillados en su antigua función —que es la de velar por la liturgia y el funcionamiento de la basílica de San Pedro— y sustituidos en ocasiones por *parvenús* incapaces de percibir la importancia de la tarea.

Conocido por el famoso y polémico *bistró* en los tejados de San Pedro, que se terminó de construir, pero aún no se había inaugurado el pasado mes de septiembre, Gambetti ha vinculado su nombre a una gestión de la basílica que, según algunos, refleja los fastos de la ideología bergoglista. Ha reducido la «vida» de los canónigos a solo 5 años, obligándolos a jubilarse a los 80; ha retirado los bancos de los canónigos de la zona del presbiterio —un gesto que algún monseñor de la curia ha calificado incluso de «vulgar»—; ha fijado un tope de 1 800 euros al sueldo de los canónigos y también a su pensión. Y, sobre todo, ha subordinado el capítulo de San Pedro a la Fábrica de San Pedro, empobreciendo de hecho su servicio.

Esta actividad de «decluttering» pastoral bastante arbitraria ha tenido repercusiones en la vida litúrgica de la basílica y, por extensión, en la propia sensibilidad de los fieles y, en última instancia, en los turistas, a quienes hoy les cuesta percibir lo sagrado en el interior de la basílica. Y ha favorecido la musealización de la basílica.

Por ello, para encajar en la revisión del papa León, hay que tener el valor de revocar los estatutos —que, por otra parte, son *ad experimentum*— y, como mínimo, restablecer la validez de los estatutos de San Juan Pablo II. No por nostalgia, sino por

necesidad.

Bajo el mandato de Gambetti, de hecho, se han reducido considerablemente las misas en la basílica y, sobre todo, se han suprimido las celebraciones privadas en las capillas laterales, que tenían el gran mérito de conferir a la basílica, desde primera hora de la mañana, un aura de severa sacralidad que hoy se ha perdido.

Gambetti, además, al no saber latín, ha suprimido la celebración de la misa en latín. Y tal y como documentábamos en el reportaje que escribimos la primavera pasada sobre la jornada pasada en San Pedro, la creación de un pasillo exclusivo para los fieles que entran en la iglesia únicamente para rezar provoca un cortocircuito que, a la larga, pone de manifiesto una gran «vivisección de supermercado» (siempre según el monseñor mencionado anteriormente): un pasillo prácticamente siempre vacío y, detrás, el bullicio de los turistas.

Turistas que, tal y como se menciona en nuestro reportaje, una vez cruzada la puerta de Filarete adoptan todas las actitudes posibles, excepto la de darse cuenta de que han entrado en un lugar de culto. Hemos documentado que nadie, al entrar, se santigua ni se arrodilla; el ir y venir de turistas enzarzados en selfies improbables, fotos posadas y llamadas telefónicas como si estuvieran paseando por la Via del Corso, ha reducido San Pedro a un gran *suk* en el que se puede encontrar de todo. Incluso algo de lo sagrado, que no se excluye, pero que queda relegado solo a quien quiera buscarlo.

No es casualidad que durante la gestión de Gambetti, si bien por un lado se han llevado a cabo mejoras para la eficiencia energética del edificio y su «neutralidad» climática de aquí a 2030 (*sic!*), se hayan multiplicado las profanaciones, algunas realmente graves como la del «loco» que se puso a orinar junto a las columnas de Bernini, otras menos visibles pero no menos importantes, como una gestión descuidada de la Sagrada Comunión en misas especialmente concurridas. Y también el posterior acto de reparación se llevó a cabo no sin dificultades.

Por este motivo, devolver a San Pedro a su dimensión de lugar sagrado, que incluso los turistas no católicos deben aprender a reconocer, es una de las condiciones principales para dotar de dignidad a una iglesia que es mucho más que una iglesia, pero que hoy refleja, como un espejo, la terrible crisis de lo sagrado que vive la Iglesia en muchas de sus dinámicas. Y para ello hay que tener el valor de restablecer el decoro y el respeto por el lugar, algo que incluso un arcipreste con un mandato claro puede lograr, aunque no sin esfuerzo y buena voluntad. Porque la liturgia, diría el papa Pío XIII de Sorrentino, debe volver a ser un trabajo duro.